

MÁS VIAJES DE EXTRANJEROS POR EL REINO DE MURCIA. EL ARCHIDUQUE MAXIMILIANO DE AUSTRIA EN MURCIA (1851-1852)*

ANTONIO VICENTE FREY SÁNCHEZ

Max Bänninger Dörfliger, in memoriam

1. INTRODUCCIÓN

Hubo un tiempo en que viajar grandes distancias era cosa de unos pocos. Ese tiempo fue el siglo XIX¹. Por regla general eran científicos aquellos que tenían la posibilidad de entrar en contacto con otras culturas ya fuera por un desplazamiento financiado por las coronas, sociedades ilustradas o como integrantes de una expedición militar. De hecho, en 1794 Jean François Champollion y otros especialistas franceses, imbuidos de un ansia orientalista, acompañaron al general Napoleón Bonaparte a Egipto para conocer e investigar los restos y la cultura egipcias. Hubo otros, pero para este trabajo basta indicar los viajes de Alexander von Humboldt (muerto en 1859), prototipo de romántico viajero germánico en busca de nuevos horizontes, siempre en favor de la ciencia y el conocimiento, que realizó, entre otros lugares, a España y a América de Sur.

Además de aquel grupo de científicos había una clase social muy acomodada, perteneciente en su gran mayoría a la aristocracia o a una burguesía rampante que era capaz de disfrutar de este tipo de iniciativas y podía permitirse largas estancias fuera de sus hogares. Si admitimos los móviles de aquellos primeros viajeros precitados ¿por qué estos particulares personajes manifestaron ese deseo de conocer más, y más lejos? Para evitar una exposición que desviaría el motivo de este trabajo baste, quizá, el retrato que de este tipo de personalidades se concreta en la figura del príncipe Salina, protagonista indiscutible de *El Gatopardo* y perteneciente a esta época precisa². Miembro de una casa lejanamente entroncada con la realeza, con-

* Mehr Reisen von Ausländern durch Murcia's Königreich. Der Erzherzog Maximilian in Murcia (1851-1852).

¹ El siglo de las grandes exploraciones: R. BURTON; R. CAVENDISH y B. STONEHOUSE: *Hacia los límites del mundo. Los grandes exploradores: 2.500 años de viajes, descubrimientos y aventuras*. Madrid, 1992.

² DI LAMPEDUSA, Giuseppe Tomasi: *El gatopardo*. Madrid, 1993.



servador y exponente de un modo de ver las cosas, representa, empero, un hombre que tiene tiempo para dedicarse a la ciencia y al conocimiento de lo que le rodea.

Los orígenes de ambos tipo de iniciativas –que acrecentaron su valor cuando plasmaban sus impresiones sobre el papel– tuvieron sus raíces en la Ilustración y sus relaciones con el Poder. En el primer caso, el de los científicos de carrera, porque al propio poder dieciochesco, las monarquías europeas y la naciente república norteamericana, le interesó el conocimiento del medio que dominaban, como vehículo para la consolidación de sus dominios; ahí quedan, por ejemplo, los viajes de François Bougainville y James Cook al Pacífico o el periplo de Lewis y Clark en busca del Pacífico desde Sant Louis, en pleno corazón de Norteamérica³. Para la aristocracia y la burguesía, en cambio, representaba un modo de vida novedoso, mezcla de racional y romántico, que contribuía a acrecentar su autoridad.

En este marco se sitúa el archiduque Maximiliano de Austria, un personaje, que dada su condición de miembro de la familia imperial austriaca y oficial de la marina imperial, consagró sus actividades intelectuales al conocimiento de su entorno. De hecho, el personaje en cuestión viajó desde muy joven yendo a Turquía en 1850 y a España al año siguiente, visita que repitió pocos meses después, ya en 1852. De ahí, son sus dos viajes a España los que han centrado mi atención por los datos que acerca de Cartagena y Murcia ofrecían.

España fue un marco perfecto para el personaje en cuestión⁴. Según sus estudiosos, parece ser que el viaje a España le marcaría de tal forma que supuso un peldaño decisivo en su decisión de dirigirse a su gran aventura imperial de México en 1862. En la Península, el joven Maximiliano se encontró con ciudades de perfil morisco, restos arqueológicos, monumentos y con un pueblo, el español, muy singular con el que en ocasiones dado que se sintió identificado, como llegó a afirmar, como legítimo descendiente de los Reyes Católicos y de Carlos I^o. Además, dada la dimensión del personaje, un miembro de la monarquía danubiana, resulta aún más interesante descubrir sus palabras acerca de estas tierras porque, en cierto modo, ayuda a descubrir su forma de pensar y de ver la vida, cosa poco frecuente con sus allegados. Cosa que se une al interés que despierta, como es natural, la perspectiva –el “cómo nos vieron”– de un extranjero de personalidad germánica, en tierras de costumbres, tradiciones y modos de vida sustancialmente diferentes⁶.

³ R. BURTON; R. CAVENDISH y B. STONEHOUSE: *Hacia los límites del mundo*. Op. Cit.

⁴ El viaje del archiduque Maximiliano de Austria es un extracto de una edición de sus impresiones publicada por Karl RUDOLF y Miguel Ángel VEGA: *Reise-Skizzen. Spanien*, traducido como *Por tierras de España. Bocetos literarios de viajes (1851 - 1852)*, publicada en 1999 en la colección “Cómo nos vieron. Cátedra”. Dado el interés que despierta sus descripciones de Cartagena y Murcia he considerado de interés publicar este pequeño opúsculo.

⁵ Por vía del infante Fernando, nieto preferido de los Reyes y hermano de Carlos. Vid.: K. RUDOLF: “El viaje como filosofía de vida”. Estudio preliminar de *Por tierras de España...* Págs. 10 y ss.

⁶ “... la literatura viajera ofrece una doble vertiente y valoración: las que nos cuentan lo que no conocíamos y el concepto que se forman de nosotros los autores e informan a sus lectores de afuera de nuestro país”.- Vid.: TORRES FONTES SUÁREZ, C.: *Viajes de extranjeros por el reino de Murcia*, I. Murcia, 1996. Pág. 15.





El personaje: Maximiliano de Austria pocos años después de su viaje por España; en esta ocasión retratado junto a su esposa la princesa Carlota de Bélgica.



2. EL PERSONAJE: MAXIMILIANO DE AUSTRIA

El archiduque Maximiliano –Fernando Maximiliano de Habsburgo– nació en 1832 en Schönbrunn, residencia de la familia en las cercanías de Viena⁷. Hijo del archiduque Francisco Carlos y la princesa Sofía de Baviera, era hermano menor de Francisco José, futuro emperador de Austria. Interesado en el arte, desde muy joven destacó en sus dotes de observador lo que le permitió tener una amplia y veraz perspectiva respecto a monumentos y lugares visitados. Recibió educación fuertemente conservadora por parte de individuos clave de la administración imperial austriaca, entre ellos, de Josef Othman Rauscher y de Johann von Perthaler, este último de quien adquirió una perspectiva de la sociedad y el Estado, de sus fundamentos jurídicos y políticos. Después de esta fase pasó a una instrucción militar propia de su condición familiar eligiendo el arma de marina. Eso fue en marzo del año 1851 cuando entonces se embarcó en la recién botada nave “Novara” con la que emprendió viaje por el Mediterráneo occidental. Con este viaje, el archiduque Maximiliano hacía su primera visita a la Península Ibérica llegando a Gibraltar, Sevilla, Málaga, Granada y, por supuesto, Cartagena. Luego, en 1852 habría de regresar a bordo de la fragata de vapor “Volta” arribando a las Islas Baleares. De Mahón y Palma de Mallorca pasó a Valencia, Cartagena y Murcia, ciudades visitadas con interés y detención.

A partir de estos años el archiduque continuó su entrega a la marina imperial austriaca. Desde 1854 –con veintidós años– se convertía en su comandante supremo, con sede en Trieste. Pasó, en 1857, a desempeñar el cargo de gobernador de Lombardía-Véneto, año, por cierto, en que se casó con Carlota de Bélgica, hija de Leopoldo I. Con la derrota de Solferino a manos de los piemonteses, Austria perdió aquellos territorios quedando el propio Maximiliano desocupado.

En 1859 pasó a Brasil en un viaje que tuvo escala en las Islas Canarias: ambas estancias son testimonio del interés del archiduque por las ciencias naturales. En esa época se descubre un lento pero progresivo giro de la forma de pensar del archiduque hacia un liberalismo moderado.

Aquel contacto con América no sería el último. En efecto, ocurrió que en 1861, Benito Juárez, a la sazón presidente de México, impuso unilateralmente una moratoria de las deudas que el País tenía contraídas con Francia, España y Gran Bretaña, lo que motivó la intervención de estas dos primeras potencias con la aquiescencia de la tercera. Se ocupó la costa de Veracruz y aunque Gran Bretaña y España ya se había retirado para 1862 Napoleón III había ofrecido al joven Maximiliano la corona de un Imperio creado al efecto, el mexicano. Cristalizaba, así, un proyecto europeo para contrarrestar la influencia de los Estados Unidos de América en el

⁷ K. RUDORF: “Biografía de Maximiliano de Austria”. *Por tierras de España...* Págs. 14 y ss. También J. HASLIP: *Imperial adventurer*. Londres, 1971 y F. ANDERS y K. EGGERT: *Maximilian von Mexiko. Erzherzog und Kaiser*. Viena, 1982.



continente, merced a la "Doctrina Monroe"⁸. Había ya en Brasil un Imperio, el de los Braganza, y desde que las colonias españolas habían desertado de su metrópoli, había un interés creciente en crear monarquías en aquellas latitudes. Se daba la circunstancia de que los Estados Unidos se hallaban en plena Guerra de Secesión (1861-1865) con que poco pudo hacer el gobierno del presidente Abraham Lincoln para detener la intrusión europea en el hemisferio occidental a riesgo de un posicionamiento más decidido de Francia e Inglaterra a favor de la Confederación⁹.

Llegado a México en 1864 se inició una guerra civil entre los partidarios de Juárez y Maximiliano, este último apoyado por tropas francesas. Entre sus proyectos albergaba la idea de dotar de una constitución moderadamente liberal al país: igualdad ante la ley, derecho al trabajo, prohibición del trabajo infantil, ilegalidad del castigo corporal, dotación de tierras comunales a los indígenas, etc. Las intrigas entre partidarios y el hecho de que se hallaba plenamente ligado con las potencias ocupantes a ojos de los mexicanos hizo fracasar sus iniciativas.

Tres años duró la contienda hasta que en 1867, tras haberse retirado aquellos aliados, Maximiliano fue obligado a capitular en Querétaro. En 19 de junio de ese mismo año fue sentenciado a morir fusilado junto con los generales Tomás Mejía y Miguel Miramón pese a las súplicas de clemencia de su hermano o de personalidades tan destacadas como Garibaldi y Victor Hugo.

3. ALGUNAS CONSIDERACIONES PREVIAS

El contenido de estos bocetos son notas que el protagonista escribió durante su viaje, y que luego, en Trieste, terminó y arregló, siendo publicado el correspondiente a España en 1855. Doce años después, en 1867, a raíz de su muerte se volvieron a publicar en una edición en la que había estado trabajando el propio Maximiliano y que, dada la enojosa circunstancia, tuvo que completar en su mayor parte Eligius de Münch-Bellinghausen, poeta y director del Teatro de la Corte de Viena. Esta segunda edición presentó recortes sustanciales de sus bocetos de viajes suprimiendo, por ejemplo, referencias a España y su régimen político o la irónica descripción del recibimiento que las autoridades de Murcia dispensaron al joven archiduque en junio de 1852. A pesar de estas particularidades descritas, no hace mucho tiempo se publicó en castellano la primera edición de los bocetos con sus contenidos inalterados facilitando, así, la recuperación de datos de interés histórico-artístico.

Entre las primeras consideraciones a tener en cuenta conviene señalar que el contenido de los bocetos sorprende por su detallada impresión de lugares y acontecimientos vividos lo que hace interesante su contenido hasta límites insospechados.

⁸ PERKINS, D.: *Historia de la Doctrina Monroe*. Buenos Aires, 1964. La intervención europea en el continente americano y los problemas políticos subsiguientes en las págs. 95 - 127.

⁹ *Id.* También en la obra de I. ASIMOV: *Los Estados Unidos de 1816 hasta la Guerra Civil*. Madrid, 1983. Págs. 203 - 338 y *Los Estados Unidos de la Guerra Civil hasta la Primera Guerra Mundial*. Madrid, 1984. Págs. 7 y ss.



Lo cierto es que el protagonista no sólo se limitó a ver y mirar sino que observó con atención cuando la situación así parecía merecerlo. No se sabe a ciencia cierta los motivos de Maximiliano para realizar esta tarea, pero lo cierto es que procuró seguir el ejemplo de viajeros como Washington Irving y la condesa Ida Pfeiffer, entre otros incansables visitantes de España y sus recovecos¹⁰. Para acrecentar el contenido y la calidad de sus textos contó con la inestimable ayuda de guías los cuales eran personajes significativos allí donde se hallaban.

El contacto con España de la mano de los propios españoles sirvió, en cierto modo, como le ocurrió a numerosos viajeros extranjeros, para desmontar los tópicos con los que desembarcó el archiduque Maximiliano, contribuyendo a fascinarle más aún¹¹. De hecho la España que conocería no sería la Corte y el gobierno; durante estos viajes por tierras de Andalucía, Murcia y Valencia el archiduque aunque entabló relación principalmente con personajes de la nobleza también procuró tener contacto con burgueses y, en menor medida, con campesinos. Este tipo de oportunidades permitieron al joven Maximiliano ampliar su punto de vista sobre los habitantes de España y compararlos con el de su patria o con las costumbres que advirtió en los ocupantes británicos sitios en Gibraltar. De este modo, le resultaría tremendamente llamativo el modo de vida de los españoles: en el texto original, ejemplo de ello es el propio duque de Medinaceli o Antonio María de Orleans, duque de Montpensier, que habitaba el palacio de San Telmo de Sevilla. Y de hecho, el contraste entre una cultura y otra se personalizaría en la visita que realizó a la marquesa Elise, una vienesa amiga suya que viva en Valencia.

No obstante, la lectura del texto demuestra hasta que punto el tópico romanticismo no abandonaba fácilmente los trazos de su pluma en la multitud de escenarios descritos. Calles y avenidas, hoteles y fondas, plazas de toros y corridas... son algunos de los elementos que llamaron la atención del viajero. Todo ello unido a la posibilidad de poder deambular entre los españoles de incógnito completando la visión de los paisajes de España y hallando semejanzas con lugares de Austria-Hungría. De hecho, el círculo romántico alcanza su intensidad a través de dos temáticas claramente definidas: arte y naturaleza son un hilo conductor en cada uno de sus relatos. Imbuido de los textos de viajeros precedentes –tal y como he señalado más arriba– la naturaleza se halla presente en cada uno de las descripciones y tiene como fin último encuadrar, desde una perspectiva romántica, al lector en lugar del propio narrador haciéndole ver y sentir, a través de la imaginación, experiencias vitales. Algo parecido ocurre con las apreciaciones artísticas de Maximiliano cuando visitó numerosos monumentos de Andalucía, Murcia y Valencia: su perspectiva cristiana,

¹⁰ Por supuesto, además de los recogidos por C. TORRES-FONTES SUÁREZ (*Op. Cit.*), contemporáneos del mismo Maximiliano fueron, junto con los citados, otro miembro de la aristocracia austriaca, el archiduque Luis Salvador de Habsburgo, quien, en 1867 se instaló en Mallorca dedicando su vida al estudio de la fauna y flora de la isla. *Vid.*: Helga SCHENDINGER: *El archiduque Luis Salvador de Austria. Príncipe, científico y viajero*. Palma de Mallorca, 1991.

¹¹ Es, como señala K. RUDORF ("Biografía de Maximiliano de Austria". *Por tierras de España...* Pág. 36) un efecto similar a protagonizado por el príncipe Adalbert, hijo de Luis I de Baviera, que en 1850 viajó por España con destino a Lisboa.



centroeuropea y germánica, impregnadas de un romanticismo danubiano, le hicieron reseñar objetos y creaciones artísticas con unos enfoques muy singulares, similares a los apreciados por otros viajeros y claramente perceptibles por el lector del siglo XXI.

4. LAS DESCRIPCIONES DE CARTAGENA Y MURCIA

Como he señalado más arriba, el archiduque Maximiliano visitó Cartagena en dos ocasiones, en octubre de 1851 y junio de 1852, alcanzado Murcia en este último momento. Estuvo en tierras de la región un total de cinco días –tres en Cartagena y dos en Murcia–, tiempo suficiente para poder apreciar diversos aspectos del patrimonio histórico-artístico y humano de la misma.

La primera arribada a Cartagena se produjo como consecuencia de un inesperado desabastecimiento a bordo de la fragata Novara, en la que viajaba, debido a una peste animal: “*esas desgracias (...) indujeron a nuestro capitán (...) a enfilar el puerto de Cartagena para aprovisionar nuestro barco de víveres frescos*”. Esa circunstancia que les hizo atracar en el puerto sirve como introducción para comenzar los rasgos de la ciudad¹². Lo siguiente que se lee es que Cartagena es un lugar triste y desolado. Por un lado puerto y ciudad denotaban una decadencia, y ni siquiera su mínima actividad militar ayudaba a mantener una poderosa dignidad marinera: “*Cartagena, pequeña Cartago, según la leyenda levantada por Aníbal, de cuya época queda todavía una tosca torre sobre la montaña, era antiguamente el orgullo de la marina de guerra española. De este puerto salían en la época gloriosa de España las flotas de guerra construidas en sus espléndidos arsenales (...) a pesar de haber sobrevivido a su orgullosa y en apariencia indomable matriz, está vacía y desierta y decae cada vez más en este calcinado entorno pétreo...*”¹³. En verdad, como se aprecia, a Maximiliano le interesaban los aspectos militares de la

¹² Atención a la primera impresión: “... cuando ya caía la oscuridad entrábamos en este importante puerto natural que no deja de ser peligroso, tanto al entrar como al salir, debido a dos arrecifes que están bajo el nivel del agua. Sobre el segundo de ellos, situado ya en el interior de la dársena, se ha puesto una barra de hierro con un pequeño letrero, aproximadamente como se hace en el jardín botánico con las plantas interesantes...”. Se refiere a La Losa. Algunas fuentes viajeras de la época también citan esta circunstancia: el anónimo autor del *Narrative of a yacht voyage in the Mediterranean, during the years 1840-41* (apud C. TORRES-FONTES SUÁREZ: *Op. Cit.*, II. Pág. 649) y A. GERMOND DE LAVIGNE: *Itinéraire descriptif, historique et artistique de l’Espagne et du Portugal*, posterior al año 1854, que señala la regularidad de los accidentes debido al escollo (*Id.*: *Op. Cit.*, III. Pág. 809).

¹³ C. W. VANE, marqués de Londonderry y autor del *A Stream voyage to Constantinople, by the Rhine and the Danube in 1840-41, and to Portugal, Spain, etc. in 1839* llegó a escribir que el arsenal y el puerto estaban en ruinas, ruinas que evidenciaban una desaparecida “grandeur” (*Ibidem*: *Op. Cit.*, II. Págs. 641 y 642); Teofile GAUTIER (*Voyage pour l’Espagne*) coincidió en las apreciaciones de unas montañas desnudas y pétreas (*Ibidem*: *Op. Cit.*, II. Pág. 645).

Aproximadamente en las mismas fechas en que el archiduque Maximiliano visitó Cartagena, lo hizo un alemán llamado Alexander ZIEGLER quien en *Reise in Spanien. Mit Berücksichtigung der Nationalökonomischen Interessen* señalaba textualmente a propósito del estado de Cartagena en general y el Arsenal en particular: “... seguramente no hay imagen más fiel del pasado y de la decadencia actual de la grandeza española, que este arsenal” (*Ibidem*: *Op. Cit.*, III. Pág. 776).



ciudad más que cualquier otra cuestión ya que tenía constancia, antes de desembarcar en la ciudad portuaria, de su importancia en el entorno estratégico de España. Parece, por lo tanto, que el autor parece interesarse por aspectos estructurales del paisaje como si estuviera haciendo un informe para el Estado Mayor, tal vez por efecto de su formación castrense; de ahí su interés por reseñar de una o de otra manera los recintos militares tal y como se puede constatar al describir el arsenal de Cartagena y su exiguo contenido: una amplia dársena, “bellamente rodeada de muros” y “unos espacios, bellos y amplios almacenes que, sin embargo, se encuentran vacíos” y, por supuesto, un bergantín que estaba siendo armado¹⁴. Se añade a ese interés el castillo de la Concepción: “El antiguo castillo muestra sus muros derruidos...”.

La impresión de la ciudad en general refleja una similar melancólica: “La pobre Cartagena es de lo más inhóspito. Todo es amarillo, las rocas, las casas, los hombres, y en ninguna parte se muestra a la vista cansada el color verde de la esperanza”; y añade más abajo: “Las iglesias de Cartagena son feas, las calles sucias (...) se contempla una vista desoladora”. Esta desdichada impresión que recibió sería suficiente para que en su segundo viaje se centrará en Murcia, sirviéndose de Cartagena como fondeadero.

En la ciudad portuaria hay más. Entre ambos hilos argumentales —el tiempo y el espacio— Maximiliano sembró, en el texto, una serie de juicios de valor, que contribuyen a dar forma final a la descripción. En ocasiones, se observa, como podrá apreciar el lector en el caso de Murcia, una tendencia a enjuiciar de forma

¹⁴ Muchos son los viajeros que se encontraron el Arsenal vacío, hasta finales de los años cuarenta en ruinas y abandonado y desde 1847 en rehabilitación aunque, como se deduce de la nota anterior, sin el esplendor de la época de Carlos III. Por ejemplo, Samuel EDARG COOK, autor de *Sketches in Spain during the years 1829, 30, 31 and 32* hizo referencia a un arsenal vacío y sin trabajadores aunque alabó los magníficos almacenes y depósitos (*Ibidem: Op. Cit., II* Pág. 619 y ss.). Carlos DEMBOWSKY, autor de *Dos años en España y Portugal durante la guerra civil, 1838 - 1840*, llegó a afirmar que el arsenal y el puerto se hallaban completamente vacíos como así ocurría en la Carraca (*Ibidem: Op. Cit., II* Pág. 637). Mrs. ROMER, autora de *The Rhone, the Darro and the Guadalquivir; a summer ramble in 1842*, llegó a visitar el Arsenal advirtiéndole de su abandono, estado igualmente achacable al puerto (*Ibidem: Op. Cit., II* Pág. 655). Martín HAVERTY escribió en *Wanderings in Spain in 1843* sobre el abandono del Arsenal donde sólo había un barco y piezas de artillería oxidadas tiradas allí y allá (*Ibidem: Op. Cit., II* Pág. 660).

Sin embargo a partir de 1847 se advertía cierta actividad en el Arsenal. Dora QUILLINAN indicaba en *Journal of a few months' residence in Portugal, and glimpses of the south of Spain* que había unos 50 hombres trabajando (*Ibidem: Op. Cit., II* Pág. 666). La misma actividad —aunque con un arsenal todavía vacío— se encontró Svern TEACKLE WALLIS quien lo plasmó en *Glimpses of Spain or notes of an unfinished tour in 1847* en donde indicaba que había una goleta y un bergantín, que había unos 100 soldados, 200 marineros y una constante actividad de rehabilitación para evitar su deterioro (*Ibidem: Op. Cit., II* Págs. 715 - 716). Ese mismo año M. Anatole DE DEMIDOFF autor de *Etapas maritimes sur les côtes d'Espagne, de la Catalogne a l'Andalousie. Souvenirs d'un voyage executé en 1847* había dejado por escrito que el Arsenal presentaba un aspecto imponente y que cuando lo visitó se estaba procediendo a su rehabilitación hallándose en activo el taller de cordelería (*Ibidem: Op. Cit., II* Págs. 722 - 725). Mme. J. E. DE BRINCKMANN en *Promenades en Espagne pendant les années 1849 et 1850* observó como se construían dos buques de línea y un buque de vapor (*Ibidem: Op. Cit., II* Pág. 741). Alexander ZIEGLER (*Op. Cit.*) afirmaba que el puerto estaba casi vacío y sólo había un barco de 3 cañones (Pág. 774).



mordaz actitudes y comportamientos de determinados individuos a los que tiene ocasión de conocer directa o indirectamente. Esto se ve claramente en Cartagena con motivo de su excursión al castillo de la Concepción: “En los bastiones nos divirtió la instrucción totalmente mecánica de los pobres reclutas que a las voces de uno, *doss* [sic], que tenía que repetir toda la serie de adiestradores, aprendían a desfilar de una manera muy artificial. También se les enseñaba a saludar con unos gestos e inclinaciones peculiares del cuerpo. Un oficial con un sombrero bordado en oro y bigote de rojo vulpesco parecía muy satisfecho con el rendimiento de sus aprendices...”¹⁵. Países diferentes, costumbres diferentes: “Para salir de Cartagena hacia el mar hay una puerta doble, cuya parte izquierda no se puede utilizar. Los guardias obligan al paseante a desplazarse por la derecha. Esta costumbre no es sólo peculiar de aquí, sino también de Cádiz. A este amor por el orden habríamos tenido que atribuir una incómoda escena tenida en Cádiz con un oficial de uniforme y que se sintió ofendido por el obstinado rechazo”. Este “amor por el orden” se debía a una mera cuestión de método para entrar o salir de la Plaza como descubrió un viajero contemporáneo a Maximiliano¹⁶.

En su segundo viaje a la Península Ibérica, el joven archiduque Maximiliano tuvo ocasión de recalar, otra vez, en Cartagena. En esta segunda coyuntura dispuso su viaje a Murcia: “... a través de la llanura, carente de interés y sólo animada por algunas palmeras, nos dirigimos en un ómnibus alquilado tirado por cuatro caballos (...) hacia la cadena de montañas calvas y de formas pintorescas que cierra el horizonte de Cartagena en una gris lejanía”. Con estas palabras se refiere, claro está, al viaje del grupo de austriacos por el campo de Cartagena en dirección al puerto de la Cadena, en la sierra de Carrascoy¹⁷. El mismo puerto —entonces un dificultoso camino de comunicación entre ambas ciudades sin las comodidades de la actualidad— se ofrecía de puerta —tal como hoy— a la huerta de Murcia: “Cuando hubimos pasado la divisoria rocosa, se nos ofreció un paisaje magnífico y encantador: la huerta de Murcia en toda su plenitud y magnificencia estivales, una feraz

La grandeza de la construcción del Arsenal de Cartagena llamó la atención de Emile BEGIN quien en *Voyage pittoresque en Espagne et en Portugal* señaló que sus dimensiones eran muy significativas si bien el hecho de estuviera vacío empobrecía la impresión (*Ibidem: Op. Cit., III, Pág. 788*).

¹⁵ ¿Un oficial de bigote rojo vulpesco? Fuentes viajeras que indicaban una notable presencia de irlandeses en Cartagena: C. W. VANE, marqués de Londonderry se percató de que el gobernador de la Plaza era un irlandés llamado O'Daly (*Op. Cit. Pág. 642*) al igual que el anónimo autor de *Narrative of a yacht voyage in the Mediterranean, during the years 1840-41* (Pág. 649).

¹⁶ Emile BEGIN (*Op. Cit. Pág. 786*): “La Puerta del Mar, bella y monumental, es doble; los centinelas os hacen tomar la derecha, lo que es buena costumbre. La derecha es para los que entran en la ciudad; la izquierda para los que salen; de esta manera se les evita encontrarse”.

¹⁷ La impresión sería ampliamente compartida por sus contemporáneos: Dora QUILLINAN (*Op. Cit. Pág. 667*) se horrorizó con una llanura completamente árida; una impresión parecida a la de Mme. J. E. DE BRINCKMANN (*Op. Cit. Pág. 742*).

Según estudios rigurosos, el promedio para el viaje entre Murcia y Cartagena era de unas 3 horas como mínimo. Vid.: M. T. PÉREZ PICAZO: “Un tiempo de estancamiento y evolución”. *Historia de la región murciana, VIII*. Murcia, 1980. Pág. 58. Un promedio muy similar al registrado por Edwin LEE en *Spain and its climates. Whit a especial account of Malaga* quien señalaba que el viaje en diligencia desde Murcia a Cartagena era de 5 horas (TORRES FONTES SUÁREZ, C.: *Op. Cit., III, Pág. 794*).



llanura sembrada de verde y oro, rica en perlas y soleada, rodeada por una diadema, bien que de desnudas aunque notablemente formadas montañas que brillaban en tonos meridionales de manera espléndida". Tan espléndida fue la visión que el autor no dudó en emplear una metáfora comparándolo con los antiguos hebreos en el paso a Canaán desde el Sinaí¹⁸.

A tenor de su estancia en la ciudad, Maximiliano hace un repaso por aquellos lugares que más admiró: "*Murcia (...) tiene algunos bellos palacios, entre ellos el del obispo de Cartagena, que tiene aquí su residencia, un bello puente y una sublime catedral gótica...*". Y es en este punto en que el lector entra en una fase verdaderamente importante del texto porque además de estar describiendo sus impresiones de viaje, se convierte en una fuente de información histórico-artística de inestimable valor¹⁹.

Ejemplo de ello es el contenido de la Catedral –recuérdese que la misma sufrió un incendio en febrero de 1854, año y medio después de la visita de nuestro protagonista–. De ella, Maximiliano dejó por escrito que había en el coro del templo una serie de "Murillos", que representaban a los santos de la ciudad²⁰. Si bien se podía estar refiriendo a San Patricio, Santa Rosa de Viterbo y San Marcos, ahora se tiene la absoluta seguridad de que el joven archiduque había estado admirando cuadros de la Virgen, San Fulgencio, San Isidoro, San Leandro y Santa Florentina que, salvo el primero, al parecer, no eran de Murillo²¹. Fuentes relativamente contemporáneas a Maximiliano y de indudable veracidad indican claramente que se trataba de los santos cartagenos²². Unos apuntes histórico-artísticos fechados en 1876 y escritos por Juan de Albacete y Long describían ampliamente el patrimonio

¹⁸ Algo parecido le ocurrió a Mme. J. E. DE BRINCKMANN (*Op. Cit.* Pág. 742) quien experimentó una profunda emoción tras pasar el desolado Campo de Cartagena.

¹⁹ Naturalmente, con ciertas reservas. Ocurre con el sarcófago de las entrañas de Alfonso X el Sabio, describiéndolo como "*rico sepulcro que guarda las reliquias de San Ildefonso*". Se supone que Maximiliano erró al leer en latín las inscripciones del monumento funerario confundiendo Alfonso con Ildefonso o fue mal informado o mal traducido al alemán.

²⁰ Curiosamente el viajero Henry D. INGLIS autor de *Spain in 1830* señalaba que la Catedral no poseía cuadros y que la mayor parte de las riquezas que albergaba había sido saqueada por las tropas francesas de Sebastiani y Soult durante la Guerra de 1808-1814 (*Id.: Op. Cit., II.* Pág. 631). Pero años después, entre 1849 y 1850, Mme. J. E. DE BRINCKMANN (*Op. Cit.* Pág. 744) ya pudo observar lo que calificó como "unos buenos cuadros" en el templo episcopal.

²¹ Estos tres santos eran a los que el concejo reconocía como patronos de la ciudad y cumplimentaba mediante votos solemnes, si bien al final solo perduró San Patricio. El motivo de esta advocación viene dada por tres granes batallas: Santa Rosa de Viterbo por la victoria en la batalla del Huerto de las Bombas; San Marcos por la victoria en la batalla de Almansa; y, San Patricio por la victoria en la batalla de los Alporchones. *Vid.: ORTEGA PAGÁN, N.: "San Patricio y el Municipio murciano. Acuñación de monedas conmemorativas". Ecos del Pasado y otros artículos (Costumbres, instituciones y personajes de la historia de Murcia)*. Ed. de A. V. FREY SÁNCHEZ. Murcia, 2004. Pág. 106 y ss.

²² Richard FORD, autor de *A hand-book travellers in Spain and readers at home*, que estuvo en Murcia en 1846 se refería a una "Virgen con Niño" que –se supone– que se hallaba en el coro (TORRES FONTES SUÁREZ, C.: *Op. Cit., II.* Pág. 698); y G. A. HOSKINS, viajero que estuvo aproximadamente poco después que el anterior, escribió en *Spain, as it is*, que el cuadro de la Virgen con el Niño no era de Murillo como se pretendía (*Id.: Op. Cit., III.* Pág. 762).



de algunas iglesias y ermitas de Murcia; al referirse a su Catedral llegaba a señalar: “En el testero de la sillería del coro hay cinco cuadros, uno de Nuestra Señora con el niño en sus rodillas—que parece ser de Murillo, aunque le pusieron un círculo dorado alrededor de la cabeza que no usó este pintor; los otros, los Cuatro Santos de Cartagena, que parecían de escuela de Villacis, se destruyeron en el incendio del 4º [sic] de Febrero de 1854” para indicar en unos párrafos más atrás al referirse a los daños del incendio: “... se quemó también un cuadro de Nuestra Señora con el niño que había en el centro del coro y tenía un bellissimo claro obscuro y dibujo selecto, se le atribuía a Murillo. También ardieron los cuatro cuadros de los cuatro Santos de Cartagena pintados por Villacis...”²³.

Importante es la referencia que hizo Maximiliano a la capilla de los Vélez que describe con estas palabras: “... es notable porque intenta integrar el estilo gótico y el árabe y en ese extraño matrimonio produce un tránsito al Cinquecento, incluso podría decirse que ya al estilo churrigueresco. Es una cosa confusa y fantástica que en muchos bellos detalles conserva todavía un estilo puro”. Y la somera descripción de la catedral queda completada con la vista que el protagonista hace desde sus alturas.

Las tierras que desde aquellas alturas podían contemplarse —otro elemento del texto que a buen seguro atrajo la atención del archiduque Maximiliano— han variado sustancialmente desde entonces. Sólo hay que remitirse, de nuevo, al texto: “Se ve cómo los laboriosos orientales, trabajando con constancia, han atravesado el suave y amplio tapiz con plateados hilos de agua murmurante, pues mediante el arte del riego, los moros han arrancado de manera maravillosa esta huerta al desolado suelo y como borde de los dorados sembrados han dejado al país en preciada herencia numerosas palmeras, manzanos, naranjos, chopos, moreras, albaricoqueros, higueras y cientos de otras plantas de diversas regiones”. “Los plateados hilos de agua murmurante” son las acequias que cruzaban —y aún siguen haciéndolo— la huerta irrigando sus cosechas²⁴.

En sí, la huerta y sus rincones se convirtieron, según el texto, en un estupendo escenario para tan esforzados viajeros y, a la vez, en un valioso testimonio arqueológico. Después de la comida y tras un paseo en tartana presumiblemente por el camino viejo de Monteagudo tal y como describe (“... a través de la feraz y bien cultivada región”) tuvieron ocasión de acercarse a conocer e intentar acceder al Castillejo, los restos de la residencia fortificada de Ibn Mardanish a los pies del castillo de Monteagudo, que se hallaba en “un pequeño lugar situado a los pies de una roca rodeada de áloes”. El palacete que está ubicado en lo alto de una pequeña colina parecía una corona, empleando, así, una metáfora para explicar la perspectiva

²³ DE ALBACETE Y LONG, Juan: *Apuntes para la Historia de algunos Monumentos y celebridades de Murcia*. Publicado bajo el nombre *Los apuntes de don Juan Albacete: un manuscrito histórico-artístico del siglo XIX*. Ed. de J. C. AGÜERA ROS. Murcia, 2003. Págs. 36 y 24 respectivamente.

²⁴ Para esa mitad de siglo Mme. J. E. DE BRINCKMANN (*Op. Cit.* Pág. 743) señalaba que la huerta de Murcia producía anualmente la cantidad de 35 millones de francos.



visual que ofrece la doble muralla en uno de sus frentes tal y como ha sido reflejado a lo largo de la historia en alguna ocasión²⁵. En rigor, es muy probable que el lector se encuentre ante uno de los primeros testimonios modernos de la existencia del monumento y aunque carece de detalles de importancia si demuestra que a mitad del siglo XIX el edificio se hallaba en una ruina lo suficientemente significativa (*“un soberbio palacio moro en romántica ruina”*) como para poder ser contemplada desde el exterior a cierta distancia. Cabe señalar, además, que la imposibilidad de encontrar un acceso al interior –circunstancia *“doblemente romántica por la misteriosa circunstancia de que no hay ningún camino que conduzca a la roca ni una puerta que permita la entrada al nunca visitado palacio”*– impidió que Maximiliano nos pudiera haber dado un importantísimo testimonio de sus contenidos destruidos en el siglo XX.

La excursión por la huerta se saldó con una espléndida visión panorámica, que muchos extranjeros posteriores han alabado: *“la más señorial vista sobre el paisaje que aparecía iluminado por el ascua solar de la tarde. El sol volcaba sus rayos en la amplia fuente de joyas de la huerta, cuyo perímetro, dentado y notablemente formado, iluminaba con ondas luminosas de color púrpura”*. Esto es, observaban la puesta de sol al Oeste de Murcia mientras toda su huerta quedaba iluminada por los rayos del atardecer. Poco después, todavía siendo una noche temprana, el grupo tuvo la ocasión de visitar los jardines y las alamedas de la ciudad, concretamente el Arenal –posterior Glorieta de España– describiéndola así: *“una de las cuales está situada en una bella terraza a orillas del Segura extendiéndose con sus caminos rodeados de flores y setos precisamente ante el palacio arzobispal”*; para luego pasar al ya entonces Jardín de Floridablanca, en el barrio del Carmen, tras cruzar el puente de los Peligros: *“Pasando a través del contiguo y bello puente de piedra al barrio de la otra orilla, nos encontramos en la segunda alameda, el jardín de la ciudad propiamente dicho, una especie de botanicum lleno de espléndidas flores y raros y magníficos árboles”*, en cuyo centro se había erigido *“... a no sé qué gran espíritu de la moderna España una estatua de bronce”*²⁶.

²⁵ Vid.: FREY SÁNCHEZ, A. V.: “Las representaciones gráficas de la ciudad de Murcia en la Edad Media”. *Imafronte*, 15. Murcia, 2003. Págs. 43 - 70, sobre todo el dibujo en perspectiva del horizonte de la ciudad de Murcia que acompaña a las Ordenanzas de Montalvo de 1485.

²⁶ El frente del río había sido urbanizado desde principios del siglo XIX. A partir de 1806, el corregidor Garay había trazado lo que después sería la avenida que hoy lleva su nombre y rellenado con escombros el espacio del futuro Parque Ruiz Hidalgo –hoy Jardín Chino–.

La Glorieta de España –el Arenal– había sido mandada construir por el corregidor Garfias en 1824 aprovechando los materiales ruinosos del Alcázar o Palacio de la Inquisición si bien en 1803 ya se había mandado empedrar el lugar.

El acceso al Jardín de Floridablanca se hacía, tras pasar el puente de los Peligros, por la Plaza de Camachos, entonces coso taurino. El citado jardín era una alameda muy cuidada que en 1848, por iniciativa del alcalde Salvador Marín Baldo, había recibido el nombre del ilustre murciano, fecha en que también se puso la primera piedra de la estatua a la que se refiere Maximiliano. Éste halló una estatua inaugurada recientemente: en noviembre de 1849.

Vid.: G. M. CANO y V. M. ROSELLÓ: *Evolución urbana de Murcia*. Murcia, 1975. Págs. 99; 112 y 120. También, J. CANO BENAVENTE: *Alcaldes de Murcia (1820 - 1885)*. Murcia, 1977. Págs. 181 y ss.



Las últimas líneas sobre la ciudad antes de su partida, que fue la mañana del día siguiente, contribuyen a mostrar el estado urbanístico de la ciudad y sus zonas de esparcimiento social que estaban, como demuestra el texto, muy lejos de las actuales²⁷. Aquellos jardines y alamedas descritos eran los puntos de encuentro social, como se deduce por la presencia del archiduque Maximiliano, acompañado del gobernador civil, en ellos. Sus palabras son muy claras al respecto: "*Bellas mujeres paseaban arriba y abajo por el amplio rellano a lo largo de floridos setos de oleandros, en el fresco atardecer, llenas de encanto y jugando con los abanicos y los ojos. Ésta era la sala de reunión abierta al caer la noche*".

A propósito de la galante anotación sobre las bellas mujeres de Murcia, la vertiente social de los textos de Maximiliano resulta mucho más atractiva ya por su peculiar estilo ya por la atípica visión de la sociedad murciana de mitad del siglo XIX. De hecho, el lector puede advertir una perspectiva de las personas muy singular que se explicaría por el propio vaivén del narrador, su propia condición imperial y, sobre todo, por las características de sus bocetos literarios de viajes que quería publicar. Y aunque en todos aquellos lugares que visitó limitó su contacto con aquellos pares a su condición social tales como el duque de Medinaceli, Montpensier o la austriaca marquesa Elise de Valencia, lo cierto no era óbice para que las clases básicas de la pirámide estamentaria –tales como los campesinos– figuraran; eso sí, como un elemento más del paisaje o simples maniqués portadores de los trajes regionales, que el gusto romántico de Maximiliano exaltaba como una señal de identidad tradicionalista, nada más²⁸.

²⁷ Así parecen indicarlo los restantes viajeros que pusieron pie en Murcia. Richard FORD apuntó que los mejores lugares de paseo eran el Arenal, el paseo del Carmen y un jardín botánico (*Op. Cit.* Pág. 699). Edwin LEE (*Op. Cit.* Pág. 793) señalaba que el paseo era "delicioso" en la Glorieta, cerca del palacio arzobispal; también incluía en el mismo el Arenal y el Carmen en donde hacía referencia al citado monumento a Floridablanca. A. GERMOND DE LAVIGNE, posterior a la estancia de Maximiliano, indicaba algo parecido respecto al paseo del Carmen (*Op. Cit.* Pág. 807). Por último Hans Christian ANDERSEN en su breve estancia en la ciudad tuvo ocasión de alabar la Alameda (*In Spain. Apud C. TORRES-FONTES SUÁREZ: Op. Cit., III. Pág. 848*).

²⁸ De enorme interés resulta la descripción del traje típico regional: "*El traje típico de esta zona es pintoresco y viste a sus hombres (...) Llevan a la manera de la fustanela griega, blanquísimos y amplios pantalones de paño [los zaragüelles] hasta las rodillas y de ahí abajo la pierna está o totalmente descubierta o embutida en polainas o medias de cuero bordadas. El pie se protege con unas sandalias en cuya punta se introducen los tres dedos anteriores [las esparteñas]; el cuerpo va ceñido por una faja roja y sobre la limpia y blanca camisa llevan un chaleco de color rojo, azul o blanco con botones de plata; sobre los hombros cuelga la manta, una especie de plaid. (...) en la cabeza se atan un folular y sobre éste se sienta un pícaro sombrero de terciopelo de punta (...) Además, llevan garrotes de una anchura desmesurada y caricaturesca...*".

Esta visión del traje tradicional murciano y su relativa similitud con otros trajes tradicionales del europeos encontró su eco en otros viajeros: Sir John CARR, autor de *Descriptive travels in the southern and eastern parts of Spain and the Balearic Isles in the year 1809*, indicaba como le recordaba la manta huertana a la típica falda escocesa (TORRES FONTES SUÁREZ, C.: *Op. Cit., II. Pág. 600*). Algo similar le ocurría al anónimo autor de *Narrative of a yacht voyage in the Mediterranean, during the years 1840-41*, quien decía que los zaragüelles eran muy similares a los calzones blancos griegos (Pág. 649). Algo parecido indicó G. A. HOSKINS (*Op. Cit.* Pág. 763) aunque a él le recordaban a los pantalones albaneses. Tanto Emile BEGIN (*Op. Cit.* Pág. 788) como Charles DAVILLIER (*Viajes por España, de 1862. Apud. C. TORRES-FONTES SUÁREZ: Op. Cit., III. Pág. 834*) le parecían una pieza similar a la manta escocesa..



Con respecto a las personas, antes ya he puesto de manifiesto una primera impresión con motivo de su primera estancia en Cartagena, en octubre de 1851, cuando el archiduque observó desde lo alto del castillo de la Concepción a los soldados de marinería haciendo instrucción, anotando de modo de tan particular sus impresiones. Pero sería de Murcia de donde plasmó la más mordaz observación de quienes efímeramente le rodearon, impresión debida a tediosas experiencias que también reflejó en el texto.

“Además de sus frutos, flores y bellas mujeres, Murcia no tiene muchas más cosas hermosas y notables, pero las que existe son suficientes para hacer atractiva la excursión”. Severas palabras amasadas por negativas experiencias vitales durante su estancia en la ciudad: *“... paramos en una fonda que era la antípoda de todo lo que pueda ser confort y apetito. Parecía bastante poco frecuentada por viajeros y presumiblemente era casa de citas de donquijotes de paso”*, a lo que se unió una tremenda comida: la olla podrida, a la que se refiere como “monstruosa”²⁹.

La situación se tornó más incómoda aún porque *“las autoridades de Murcia nos habían localizado y se sintieron, para mi no pequeño espanto, obligadas a hacerme mantener una solemne recepción y a hacer de la venta su ceremoniosa corte”*. Esta situación, se deduce que embarazosa dado el rango de Maximiliano y su primitiva intención de pasar desapercibido, provoca un desatado retrato irónico en el texto: *“El estrellado gobernador, de estatura gigantesca, vino con sus acólitos a presentarme sus respetos, mientras el arzobispo [naturalmente se refiere al Obispo], en púrpura y con sus clérigos adjuntos, se acercaba traqueteando en una carroza Luis XIV tirada por mulos a través de las estrechas calles para dar a la fiesta la bendición de la Iglesia. Todo el brillante y engalanado Estado Mayor de la valiente guarnición local puso a mi disposición su sangre para verterla a mis pies en fiel entrega si fuera necesario. Gobierno Civil y Justicia tartamudeaban en la abundancia de la emoción de su lealtad, aunque los que más señorialmente resplandecían fueron en todo momento los fieles concejales de Murcia, quienes se acercaron para anunciarme su fidelidad precedidos por seis heraldos vestidos de terciopelo escarlata y con bastones de plata”*. Y he aquí que: *“Dado que todos los discursos de rendida entrega en esta brillante recepción (...) fueron mantenidos en*

²⁹ Esto se explica porque no era la primera vez que había sido agasajado en España con semejante plato. La olla podrida se trata de un guiso de numerosos embutidos, que sin embargo no es muy típica de Murcia: resulta más tradicional en Andalucía Oriental. Tal vez fuera otra la comida y Maximiliano equivocó su nombre.

En aquella época Murcia tenía pocas fondas y todas eran de escasa calidad como demostraron los numerosos viajeros que tuvieron ocasión de conocerlas. Henry D. INGLIS (*Op. Cit.* Pág. 631) fue el primer viajero del siglo XIX que indicó un alojamiento explícito: la “Fonda de las Diligencias”; eso fue en torno a 1830. En 1846 Richard FORD (*Op. Cit.* Pág. 696) se alojaba en la Fonda de San Leandro si bien señalaba que Murcia poseía dos posadas, la de San Antonio y la Alhóndiga. Cuando A. GERMOND DE LAVIGNE estuvo en Murcia ya había, además de las citadas, una posada más: la del Comercio (*Op. Cit.* Pág. 805) aunque no cita el “Hotel Francés” que Edwin LEE debió haber conocido después de 1852 (*Op. Cit.* Pág. 794). Finalmente Hans Christian ANDERSEN se alojó en la Fonda de San Leandro (*Op. Cit.* Pág. 847), la misma en que, dadas las circunstancias, creo que debió estar Maximiliano.



español, de nuevo tuve que hacer de tripas corazón y con cierta afabilidad en una lengua composita cuyo tono fundamentalmente era italiano y cuyo adorno, sin embargo, consistía en algunas palabras españolas cogidas al vuelo en la premura del momento, y he aquí que los fieles y emocionados servidores de la inocente Isabel me entendieron”.

Dado el encuadre cronológico del texto es fácil conocer numerosos miembros de la comitiva que agasajaron al ilustre visitante. Por ejemplo, en aquellas fechas el gobernador de la provincia –el que se supone gobernador de estatura gigantesca aunque cabe la posibilidad de que se estuviera refiriendo al gobernador militar de la plaza– era Ildefonso López de Alcaraz; el obispo de la diócesis de Cartagena-Murcia era Mariano Barrio Fernández y el alcalde Miguel Mazón Franco. También se conoce a los miembros del gobierno municipal murciano que debieron asistir a tal recepción, pero serían muchos nombres³⁰.

El texto concluye con una breve reseña histórica de Murcia.

5. CONCLUSIÓN

“En España todo tiene una innegable nobleza”. Aunque el breve texto que menciona Murcia y Cartagena no ofrezca una visión extremadamente idealizada de sus tierras y sus gentes, lo cierto es que el propio Maximiliano trató de reflejar desapasionadamente lo visto, juzgando, de manera crítica, aquellos elementos estridentes que podían restar esa nobleza señalada. Nunca hubo antipatía y sí deseos de perfeccionamiento en un siglo muy agitado para España.

Para Maximiliano de Austria, los lugares visitados en la región de Murcia supusieron un lugar de paso, una página más en su diario de viajes tal, que, en ocasiones, revistieron una dignidad específica tal y como refleja a la hora de describir la ciudad de Murcia: una ciudad de 40.000 habitantes, poseedora de interesantes espacios para el paseo, obras de arte y personas; un lugar, en fin, que conservaba hasta un cierto punto una singularidad materializada en aquellos “Murillos” colgados en el coro de la Catedral, la vista desde lo alto de su torre, las bellas mujeres que paseaban en los jardines, y el Castillejo de Monteagudo. Valiosos testimonios de un extranjero suficientes para valorar lo que tuvimos, esa Murcia que se fue.

En síntesis, palabras de una persona que vio, miró y observó mucho más de lo que pudieron otros muchos contemporáneos suyos. Quizá para señalar la importancia del archiduque Maximiliano como viajero-relator valgan las palabras de un

³⁰ Miguel Mazón Franco era alcalde -corregidor desde el 4 de enero de 1852 en sustitución de Alejo Molina Vera, vizconde de la Huerta. Eran entonces regidores: Vicente Ochando, Juan López Romero, Blas María Gonzalo, José Ramos, Andrés Mata, Ramón García Arce, Juan José Yeste, Manuel Alcázar, Zacarías Pérez Díaz, Miguel González Sánchez, Antonio María Gordínez, Gaspar de la Peña, Juan Manuel Moreno, Juan Clemencín y Pedro Pellúz. Vid.: J. CANO BENAVENTE: *Op. Cit.* Págs. 187 - 190 y M. T. PÉREZ PICAZO: “Un tiempo de estancamiento y evolución”. *Op. Cit.* Pág. 80.

³¹ K. RUDORF: “Arte y Naturaleza”. Estudio preliminar de *Por tierras de España...* Pág. 54.



estudioso de su obra y vida: “*Los viajes del archiduque Maximiliano a España en los años 1851 y 1852 entran, por muchos aspectos, en el capítulo de los viajeros de esta época y de sus relatos. Hay que destacar su sentido estético, fuertemente determinado por el romanticismo, que se mezcla con su origen Habsburgo, con sus pensamientos dinásticos y sociales y su vocación como marinero (...) Con su amada fragata Novara, que le llevó a España en 1851 y también a México, su cuerpo regresó a Trieste. Él, como sus familiares, descansa hoy en un sarcófago de la Cripta de los Agustinos...*”³¹.

6. APÉNDICE DOCUMENTAL

I

Puerto de Cartagena, 14 de octubre de 1851

El 7 de octubre levamos anclas en Málaga con gran pesadumbre por tener que despedirnos de la bella España, este país de mis dorados sueños y mis dulces nostalgias. Y como si el destino hubiera querido hacer la separación más dura, cuando con gran esfuerzo apenas habíamos navegado una milla, sobrevino una calma chicha que duró varios días. Teníamos Málaga y las montañas de Granada ante nuestros ojos y sin embargo no se podía botar ninguna chalupa, pues en cualquier momento una brisa habría podido alejar de allí nuestro maravilloso barco. Por fin sopló un ligero viento vespertino y Málaga desapareció lentamente de nuestra vista.

A esta calma chicha vino a sumarse una peste que a bordo tuvo consecuencias funestas y que diariamente producía varias víctimas, gracias a Dios no entre los hombres, sino entre las gallinas. Un cruel muerte iba diezmando la serie de nobles animales y pronto el corral fue un templo vacío. Esa desgracia y la consideración del largo viaje ininterrumpido hasta las costas patrias, indujeron a nuestro capitán, que se portó de una manera muy inteligente, a enfilar el puerto de Cartagena para aprovisionar nuestro barco de víveres frescos. A las siete de la tarde, cuando ya caía la oscuridad entrábamos en este importante puerto natural que no deja de ser peligroso, tanto al entrar como al salir, debido a dos arrecifes que están bajo el nivel del agua. Sobre el segundo de ellos, situado ya en el interior de la dársena, se ha puesto una barra de hierro con un pequeño letrero, aproximadamente como se hace en el jardín botánico con las plantas interesantes. A un marino muy atento, este cartelito le será muy útil de día, pero dado que para la noche no se ha colgado de la barra de hierro ninguna lámpara, puede suceder que, en medio de la dársena rocosa, con un mar tranquilo un rodeado de barcos anclados, uno encalle si no se estudia con detalle la carta de navegación.



Cartagena, pequeña Cartago, según la leyenda levantada por Aníbal, de cuya época queda todavía una tosca torre sobre la montaña, era antiguamente el orgullo de la marina de guerra española. De este puerto salían en la época gloriosa de España las flotas de guerra construidas en sus espléndidos arsenales y en él se podía refugiar la bandera roja y gualda de Castilla, cuando se veía acosada por el enemigo, retirándose a los lugares de anclaje protegidos por los castillos roqueros y los escollos. Actualmente, Cartagena, a pesar de haber sobrevivido a su orgullosa y en apariencia indomable matriz, está vacía y desierta y decae cada vez más en este calcinado entorno pétreo. La marina de guerra española, en otro tiempo poderosísima, fue víctima de la inglesa, y los 86 barcos de línea que todavía poseía en 1806 fueron incendiados, hundidos y desguazados y ahora, cuando de nuevo parece resurgir su poder marítimo, se calcula que felizmente posee cuatro o cinco. Sin embargo, lo que ahora se construye con gran esfuerzo se hace en Ferrol o Caraccas, de tal manera que en el gran arsenal de Cartagena, que antaño había empleados 7.000 trabajadores, en este momento sólo se arma un bergantín.

Cartagena, 15 de octubre de 1851.

La pobre Cartagena es de lo más inhóspito. Todo es amarillo, las rocas, las casas, los hombres, y en ninguna parte se muestra a la vista cansada el color verde de la esperanza. Como con gran ingenio filosófico advertía en sus *Cartas de un difunto* el príncipe Pückler que cada día de la semana le venía a su espíritu, de manera involuntaria, un color, igualmente me ha pasado a mí con ciertas ciudades. En Venecia pensé en el rojo oscuro del mármol, en Granada en el verde sonriente, en Cádiz en el blanco del Cisne, en Constantinopla, *anticipando*, en el oro brillante, en Roma en el violeta y azul, en Múnich [sic] en el azul nomeolvides y en Cartagena en un amarillo calvo y soso que aquí se impuso sobre mi alma en este tórrido y estrecho puerto que tan miserablemente vacío estaba. Las toscas paredes rocosas se prolongan desde la embocadura del puerto hasta la ciudad, situada frente a éste; aquí cesan y detrás de ésta no hay nada que se muestre a la mirada. Por eso esperé encontrar extramuros al menos una fresca *huerta* de verdor vital pero también en este punto me vi lamentablemente decepcionado, pues por esta parte de los muros de la ciudad se extiende una amplia llanura polvorienta hasta las lejanas montañas, detrás de las cuales queda el reino de Murcia. El arsenal, situado en la parte izquierda de la ciudad, junto a los promontorios rocosos, tiene como particularidad la amplia dársena, bellamente rodeada de muros, en la que podría fondear con seguridad un flota entera entrado por un canal que se puede cerrar. También hay unja alta grúa de mástil, mientras alrededor de la misma están los espaciosos, bellos y amplios almacenes que, *sin embargo*, se encuentran vacíos, y en la dársena, como he indicado anteriormente, sólo está el pobre bergantín a punto de ser armado. Las iglesias de Cartagena son feas, las calles sucias y de los edifi-



cios sólo destaca el palacio del Almirante, situado junto al bastión marítimo. El antiguo castillo muestra sus muros derruidos y desde él se contempla una vista desoladora. En los bastiones nos divirtió la instrucción totalmente mecánica de los pobres reclutas que a las voces de *uno, doss* [sic], que tenía que repetir toda la serie de adiestradores, aprendían a desfilar de una manera muy artificial. También se les enseñaba a saludar con unos gestos e inclinaciones peculiares del cuerpo. Un oficial con un sombrero bordado en oro y bigote de rojo vulpesco parecía muy satisfecho con el rendimiento de sus aprendices: las tropas españolas, que por lo demás son extraordinarias, se sienten muy orgullosas de esta manera de desfilar en la que desarrollan un aguante extraordinario.

Para salir de Cartagena hacia el mar hay una puerta doble, cuya parte izquierda no se puede utilizar. Los guardias obligan al paseante a desplazarse por la derecha. Esta costumbre no es sólo peculiar de aquí, sino también de Cádiz. A este amor por el orden habríamos tenido que atribuir una incómoda escena tenida en Cádiz con un oficial de uniforme y que se sintió ofendido por el obstinado rechazo.

Cartagena, 16 de octubre de 1851.

Dado que Cartagena no ofrece nada atractivo e interesante, utilicé nuestro último día de estancia para hacer una arriesgada excursión a los arrecifes de la orilla y reunir moluscos y quedé muy contento de las pequeñas bahías y grutas y de las olas espumeantes que lamían las desgajadas rocas. Menos se alegraron de ello mis pies y mis botas, que quedaron desgarradas por los agudos picos de las rocas. En una de las pequeñas concavidades, con gran sorpresa por mi parte, encontré, acostado en la suave arena marina, un hombre que dormía, presumiblemente un contrabandista, especie muy numerosa por estos pagos para desesperación del gobierno. Pues si alguna región es especialmente apropiada para este negocio, ésta debe ser la costa de Cartagena.

Cartagena, 17 de octubre de 1851.

Cansado de Cartagena, pasé este día a bordo y me alegré cuando, a las 6 de la tarde, se izaron las velas y comenzamos nuestro retorno a la patria.



II

Junio de 1852.

(...)

El tiempo de nuestra estancia en Cartagena, ciudad a la que desde Valencia llegamos rápidamente y cuyo triste y desolado puerto ya conocíamos suficientemente, lo utilizamos para hacer una excursión a la cercana Murcia.

Desde Cartagena y a través de la llanura, carente de interés y sólo animada por algunas palmeras, nos dirigimos en un ómnibus alquilado tirado por cuatro caballos y en el que íbamos muy cómodamente sentados, hacia la cadena de montañas calvas y de formas pintorescas que cierra el horizonte de Cartagena en una gris lejanía. En la sierra, el puerto serpentea a través de desoladas rocas, un silvestre y romántico paraje que me recordó notablemente la sierra de Ronda que el año pasado, de paso hacia Granada, tuvimos que atravesar. Cuando hubimos pasado la divisoria rocosa, se nos ofreció un paisaje magnífico y encantador: la huerta de Murcia en toda su plenitud y magnificencia estivales, una feraz llanura sembrada de verde y oro, rica en perlas y soleada, rodeada por una diadema, bien que de desnudas aunque notablemente formadas montañas que brillaban en tonos meridionales de manera espléndida. Como antiguamente Canaán a los pies de los hebreos, yacía la feraz llanura a nuestros pies y con alegre y refrescado corazón entramos en la gran ciudad situada a la margen izquierda del Segura. España tiene muchas regiones desérticas, tanto montañas como amplias llanuras sin cultivar, pero también zonas peculiares que todo lo compensan. A menudo son sólo pequeños jardines que integran en sí todo lo que de bello y mágico existe, de tal manera que en sus pasillos de umbrosos laureles y naranjos, bajo su cielo azul profundo o en las barandillas de mármol de sus fontanas rodeadas de jazmines y rosas se olvida el resto de la región y el calvo y tórrido pasado, y el corazón se acuna en un presente cerrado, tranquilo y maravillosamente alegre. A menudo se trata de llanuras enteras bendecidas por la mano de Dios, como las huerta de Valencia y Murcia. Estos paradisiacos momentos me resultan más estimables que las regiones que eternamente están produciendo frutos, tan maternos, tan útiles y salpicadas por doquier de campos. Además, la cantidad de grandes y mayormente interesantes ciudades antiguas y este pueblo único, señorial y noble, con su orgullosa originalidad, su fogosidad árabe y su seriedad gótica, constituyen la segunda atracción principal de España: con su romántica plenitud, con sus arcos góticos llenos de impulsos cristiano y sublime dignidad, unido mágicamente por el lado de la gracia innata.

Murcia cuenta con 40.000 habitantes; tiene algunos bellos palacios, entre ellos el del obispo de Cartagena, que tiene aquí su residencia, un bello puente y una sublime catedral gótica en cuyo coro cuelgan a demasiada



altura, para desgracia de los amantes del arte, algunos maravillosos Murillos que representan los santos principales de la ciudad, imágenes llenas de conocimiento y penetradas por el fuego que animaba a este artista que supo conjurar el alma de España, pues cada país tiene su alma universal, de manera tan emotiva sobre el lienzo.

A derecha e izquierda del altar mayor hay ricos sepulcros que guardan reliquias de San Ildefonso y otros santos españoles. Una capilla que pertenece a una alta familia de grandes es notable porque intenta integrar el estilo gótico y el árabe y en ese extraño matrimonio produce un tránsito al *Cinquecento*, incluso podría decirse que ya al estilo churrigueresco. Es una cosa confusa y fantástica que en muchos bellos detalles conserva todavía un estilo puro. La vista desde la alta torre merece la pena y se podría decir que incluso es encantadora. Se ve cómo los laboriosos orientales, trabajando con constancia, han atravesado el suave y amplio tapiz con plateados hilos de agua murmurante, pues mediante el arte del riego, los moros han arrancado de manera maravillosa esta huerta al desolado suelo y como borde de los dorados sembrados han dejado al país en preciada herencia numerosas palmeras, manzanos, naranjos, chopos, moreras, albaricoqueros, higueras y cientos de otras plantas de diversas regiones. Además de sus frutos, flores y bellas mujeres, Murcia no tiene muchas más cosas hermosas y notables, pero las que existen son suficientes para hacer atractiva la excursión. En España todo tiene una innegable nobleza. También esta ciudad, especialmente vista desde la torre.

El traje típico de esta zona es pintoresco y viste a sus hombres, soberbia y excelentemente contruidos, de manera muy favorecedora. Llevan a la manera de la fustanela griega, blanquísimos y amplios pantalones de paño hasta las rodillas y de ahí abajo la pierna está o totalmente descubierta o embutida en polainas o medias de cuero bordadas. El pie se protege con unas sandalias en cuya punta se introducen los tres dedos anteriores; el cuerpo va ceñido por una faja roja y sobre la limpia y blanca camisa llevan un chaleco de color rojo, azul o blanco con botones de plata; sobre los hombros cuelga la manta, una especie de *plaid*, a la manera escocesa en la que en las mañanas frías se envuelven pintorescamente; en la cabeza se atan un *folulard* y sobre éste se sienta un pícaro sombrero de terciopelo de punta, medio sombrero medio gorra, medio birreta de loco, medio gorra de Satán, cuando éste se disfraza de dandi al estilo *Cinquecento*. Además, llevan garrotes de una anchura desmesurada y caricaturesca. Los campesinos de Valencia visten igual, sólo que en vez de birrete de terciopelo llevan una gorra roja de *lazzaroni*.

En Murcia paramos en una fonda que era la antípoda de todo lo que pueda ser confort y apetito. Parecía bastante poco frecuentada por viajeros y presumiblemente era casa de citas de donquijotes de paso. Sin embargo, pronto se convirtió en escenario de etiqueta y grandeza españolas. Las autoridades de Murcia nos habían localizado y se sintieron, para mi no



pequeño espanto, obligadas a hacerme mantener una solemne recepción y a hacer de la venta su ceremoniosa corte. El estrellado gobernador, de estatura gigantesca, vino con sus acólitos a presentarme sus respetos, mientras el arzobispo, en púrpura y con sus clérigos adjuntos, se acercaba traqueteando en una carroza Luis XIV tirada por mulos a través de las estrechas calles para dar a la fiesta la bendición de la Iglesia. Todo el brillante y engalanado Estado Mayor de la valiente guarnición local puso a mi disposición su sangre para verterla a mis pies en fiel entrega si fuera necesario. Gobierno Civil y Justicia tartamudeaban en la abundancia de la emoción de su lealtad, aunque los que más señorialmente resplandecían fueron en todo momento los fieles concejales de Murcia, quienes se acercaron para anunciarme su fidelidad precedidos por seis heraldos vestidos de terciopelo escarlata y con bastones de plata. Dado que todos los discursos de rendida entrega en esta brillante recepción, que en mi opinión podría competir con la del palacio de Buckingham, fueron mantenidos en español, de nuevo tuve que hacer de tripas corazón y con cierta afabilidad en una *lingua composita* cuyo tono fundamentalmente era italiano y cuyo adorno, sin embargo, consistía en algunas palabras españolas cogidas al vuelo en la premura del momento, y he aquí que los fieles y emocionados servidores de la inocente Isabel me entendieron.

Después de una monstruosa Olla podrida pasamos la señorial tarde, echando la obligación de la corte madrileña sobre nuestros hombros, con una excursión campestre que nos compensó. En una de esas malafamadas tartanas tiradas por un mulo, salimos fuera de la ciudad. Una gran parte de camino llevé desde fuera del coche las riendas del valiente trotador.

Después de una hora de camino a través de la feraz y bien cultivada región llegamos a un pequeño lugar situado a los pies de una roca rodeada de álces, cuya cumbre circunda, semejante a una corona, un soberbio palacio moro en romántica ruina, doblemente romántica por la misteriosa circunstancia de que no hay ningún camino que conduzca a la roca ni una puerta que permita la entrada al nunca visitado palacio. Esto era suficiente para despertar nuestro ansia de conquista y para incitarnos al asalto. Entre las hostiles lanzas de álces y las terribles flechas de las ortigas con el desprecio a la muerte que corresponde a un alemán, nos pusimos en camino. La carencia de un sendero la pudimos superar gloriosamente, pero nos quedaba ahora lograr una entrada; aquí, sin embargo, fracasaron nuestras audaces esperanzas. Faltaban puntos de apoyo y la fantasía calentada por el misterioso interior desconocido tuvo con dolor que ceder a los motivos de la inteligencia más reflexiva. Sin embargo, nuestros esfuerzos se vieron premiados por la más señorial vista sobre el paisaje que aparecía iluminado por el ascua solar de la tarde. El sol volcaba sus rayos en la amplia fuente de joyas de la huerta, cuyo perímetro, dentado y notablemente formado, iluminaba con ondas luminosas de color púrpura. Era uno de esos momentos en los que la tierra, después de duros trabajos y labores, después de una plácida



y caliente lucha, celebra la victoria para la tierra sobre la calima y la niebla que la rodean.

Por la tarde visitamos las dos alamedas de Murcia, una de las cuales está situada en una bella terraza a orillas del Segura extendiéndose con sus caminos rodeados de flores y setos precisamente ante el palacio arzobispal. Bellas mujeres paseaban arriba y abajo por el amplio rellano a lo largo de floridos setos de oleandros, en el fresco atardecer, llenas de encanto y jugando con los abanicos y los ojos. Ésta era la sala de reunión abierta al caer la noche. Pasando a través del contiguo y bello puente de piedra al barrio de la otra orilla, nos encontramos en la segunda alameda, el jardín de la ciudad propiamente dicho, una especie de *botanicum* lleno de espléndidas flores y raros y magníficos árboles. En medio de este último se ha erigido recientemente a no sé qué gran espíritu de la moderna España una estatua de bronce. Plácidamente estuvimos paseando algún tiempo en compañía del gigantesco gobernador, pero pronto buscamos refugio en nuestra *venta*, a la que habíamos consagrado con nuestra presencia y buscamos en la cama, por desgracia curiosamente poblada, fuerzas para el viaje del día siguiente a Cartagena.

Murcia, en latín medieval *Arci lacis*, es nombrada por primera vez en la historia en el año 713, aunque su origen parece ser anterior. En el año 756 constituyó una parte del floreciente califato de Córdoba, del que se emancipó, sin embargo, en el 1056 constituyéndose en un reino propio y separado, y fue finalmente arrebatada en 1265 al dominio moro por los cristianos. El conquistador del reino fue Jaime I de Aragón, aunque la nueva posesión pasó no a él, sino a Alfonso X de Castilla. En 1281, el país fue concedido al infante de la Cerda, descendiente de este último rey, y en 1305 dividido entre Aragón y Castilla.

Hoy en día, el antiguo reino moro constituye la Intendencia de Murcia, dividida entre la Capitanía de Valencia y Murcia.

De Cartagena nos apresuramos de nuevo, por tercera vez en el transcurso de un año, a Calpe para, sobre las olas del océano, salir al encuentro de nuevas maravillas de esplendor meridional, cuyas encantadoras vistas nunca nos negó al ánimo agradecido la imagen dorada de España.

